

FIDEL ARANEDA BRAVO

DON OLEGARIO LAZO BAEZA

1878 - 1964

POR UNA circunstancia providencial, como secretario interino de la Academia Chilena de la Lengua, llegué, en la tarde del 8 de abril de 1961 a la quinta de don Olegario Lazo Baeza para entregarle, en nombre del Director, el diploma de miembro honorario de la ilustre Corporación. No conocía personalmente al nuevo académico, pero había leído algunos de sus originales cuentos militares y admiraba su personalidad literaria. Nunca imaginé que íbamos a ser amigos de inmediato.

Su hogar, cálido de afecto y hospitalidad, era un cenáculo de las bellas letras: la esposa, doña Sara Jarpa Gana, escritora con buena genealogía literaria, y los hijos Renato, Hugo y Jaime, poetas, biógrafos, novelistas y cuentistas, ya notables, formaban con el esposo y padre una verdadera dinastía o generación de literatos.

Para conocer íntimamente a don Olegario, bastaba estrechar su mano: en ese primer apretón, uno sentía vibrar las palpitations de su corazón generoso, comprensivo, magnánimo, humilde y sincero. La distinción de la Academia llegó en hora tardía; pero logró reparar en parte, la ingratitud chilena que parece complacerse en colmar de elogios y honores a muchos de nuestros auténticos valores literarios, cuando ellos ya no pueden gozarlos.

CABALLERO EN LA MILICIA

Don Olegario Lazo Baeza descende de don Lorenzo Lasso de la Vega, el primero de este apellido venido a Chile en las postrimerías del siglo xvii (1670). Sin embargo, el escritor militar se firmaba Lazo, con "z", porque don Fidel Lazo Ponce de León, su padre, hacendado colchagüino, por dificultades con su familia, cambió las "ss" por la "z". Los hijos del cuentista, con ser tan admiradores de su proge-

tor, han preferido volver a la "s". Como dijo Germán Ewart, "es una familia muy unida, pero en materia de ortografía no hay acuerdo". Sin embargo, don Olegario dejó escrito que, al editar sus obras después de su muerte, pusieran el apellido con "s".

El autor de los cuentos militares nació en San Fernando, el 2 de noviembre de 1878. Sus padres fueron el ya mencionado don Fidel y doña Julia Baeza Fuenzalida. Una de las calles de esa ciudad lleva ahora el nombre de don Olegario. Estudió hasta el tercer año de humanidades en el Liceo de San Fernando, y nada hacía presagiar que el muchacho se inclinara a la carrera de las armas; pero se entusiasmó al ver por primera vez el Regimiento de Caballería Húsares, de paso por aquel pueblo. Desde ese momento, el niño de 13 años sólo pensó en ingresar a la Escuela Militar. Su madre se oponía, porque acababa de presenciar los estragos de la Revolución de 1891; temía la muerte de su hijo en el campo de batalla. Don Fidel tampoco manifestó interés por fomentar la vocación militar de Olegario; sin embargo, le ofreció toda clase de ayuda económica para que ingresara en la Escuela Militar.

En 1895, el guasito colchaguino llegó a Santiago, para cursar el 4º año de humanidades; y al año siguiente se incorporó en la Escuela Militar con la única intención de ser oficial de Caballería. Desde que montó por vez primera, a los 12 años, cobró grande amor al caballo.

Participó activamente en la Academia Literaria del Instituto Nacional, dirigida por el profesor Sandalio Letelier. En la revista del colegio publicó *Un viaje*, su primer cuento, que, corregido, insertó en *Cuentos militares*, 1922.

Inició sus servicios en el Ejército como alférez de Caballería y Artillería del Regimiento Dragones, en 1898. Al año siguiente, estuvo a punto de ser expulsado del Ejército, porque le asaltaron en un camino campero e hirió a sus agresores con algunos sablazos. El comandante del Dragones, condecorado de la irreprochable conducta del joven oficial, le defendió con hidalguía.

Más tarde sirvió en varios regimientos, entre otros en el Húsares de Tacna y en el Cazadores de Santiago, e hizo un curso en la Escuela de Ingenieros Militares.

Desde el comienzo de su carrera, jefes, compañeros y soldados admiraron las proezas del jinete Lazo, y pronto fue celebrado como el primero de nuestro ejército. En pruebas arriesgadas, precursoras de las que hoy tanto aplauden los aficionados a la hípica, Lazo hacía verdaderos prodigios ecuestres.

Sus ascensos a teniente 2º, 1º y capitán, en 1911, eran el reconocimiento oficial de su destreza como gallardo y apuesto caballero.

En 1911, como él relata en su cuento *Visión del porvenir*, conoció en un viaje en tren, desde San Bernardo a la capital, a su futura esposa Sara Jarpa Gana: la niña alta, de ojos verdes de sirena, con la cual había soñado: "La niña de mis platónicos sueños estaba ahí, ahí . . . , en el mismo sitio en que la había soñado. No podía equivocarme. La denunciaban su figura, sus grandes ojos, el color de su piel, de su pelo, y esa atracción que ya había experimentado por ella; ese sentimiento del corazón que se comunica a veces, súbitamente, sin palabras, en forma rara, algo así como por influencia y reflexión de las almas".

"Con la vista ansiosa le busqué las manos. ¡La suerte empezaba a favorecerme!"

"No llevaba la marca de dominio y monopolio del hombre sobre la mujer y de la mujer sobre el hombre!"

"Viajaba acompañada de su tía, y frente al asiento que ocupaban estaba instalado un amigo mío y de ellas. Apenas pasó mi aturdimiento, tuve la osadía de ir a saludarlo. Me presentó en forma encomiástica. Ella me sonrió con esa sonrisa expresiva, inteligente, que oculta un pensamiento. Y su primera mirada penetró en mi corazón como una caricia, inundar mi alma con un resplandor de felicidad. Pensé que no le había sido indiferente y que algo como un antiguo y misterioso acuerdo empezaba a acercarnos"¹.

"Y para no fatigarlos con esta larga relación —manifiesta el capitán Lazo— debo confesarles que el cielo azul de nuestra dicha no fue empañado, y que, un año después, en un hermoso día del mes de mayo (1912) bajo los acordes de una imponente marcha húngara, salíamos de la iglesia radiantes de felicidad"². Poco después la pareja partió a Europa.

El mejor jinete de nuestro Ejército había sido enviado a Viena, capital del poderoso imperio austro-húngaro. Lazo Baeza se incorporó al entonces prestigioso ejército de aquella gran nación, e hizo un curso en la Escuela de Caballería de Viena, a fin de perfeccionar sus conocimientos militares. Estudió también allí los servicios de Reproducción y Remonta, muy adelantados en ese país.

En 1914, regresó a la patria, más encariñado aún con el arma de Caballería y con el noble animal que tan briosamente montaba.

Al año siguiente, publicó su libro *Servicios de reproducción y*

¹Cuentos Militares. Págs. 221-222.

²Cuentos Militares. Pág. 223.

remonta caballar, dedicado al ex Ministro de Guerra y Marina, don Alejandro Rosselot. Tiene un largo prólogo del coronel de Caballería don Roberto Dávila Baeza. En esta obra técnica, que obtuvo Premio de Honor en la Exposición Internacional de Santiago, en 1916, don Olegario expone sencillamente los estudios y observaciones, hechos en Europa acerca de la reproducción equina y la manera práctica de realizarla en Chile para formar una raza caballar criolla. Se mezclaría el antiguo y soberbio ejemplar del caballo chileno con otros europeos de fina sangre, como los hunters y húngaros o el anglo-árabe, y se obtendría un brioso corcel típicamente nuestro. En estas páginas se manifiesta también el grande amor del capitán Lazo por el garboso animal que cabalgó con tanta agilidad y elegancia desde aquellos lejanos tiempos, en los cuales comandaba en Curicó la "Cuarta Lazo", el escuadrón moderno.

Don Olegario, hombre de gran ternura y excepcional fidelidad, amó entrañablemente a su mujer. En Viena, Sara, le dio su primogénito, Oscar Olegario, muerto prematuramente en 1940. En el correr del tiempo aumentó la familia y el hogar, como se verá, llegó a ser una verdadera Academia en la cual el jefe hacía de director o presidente y adiestraba a la esposa y a los niños en la literatura.

Los triunfos hípicos del capitán le auguraban brillante porvenir. Se había convertido en un caballero andante de la milicia.

EL CABALLERO CAMBIA DE RUTA

Empero la Divina Providencia había reservado al experto jinete otra profesión en la cual obtendría también grandes triunfos.

En 1909, don Olegario Lazo era teniente del Dragones, y "estaba a cargo de la preparación de un grupo de jinetes seleccionados que debían presentarse a un concurso hípico en que competían todos los regimientos montados de Chile"³.

El concurso se efectuaría en el centro del picadero improvisado de la Quinta Normal de Concepción. Había que pasar un puente de cuarenta centímetros de ancho, seis metros de alto y cincuenta de largo. La prueba era espectacular: "el público guardaba un silencio impresionante". Lazo montaba un corcel negro cariblanco. Entre ruido de cascos y clarinadas marciales, el teniente Lazo, seguido de su tropa, atravesó los cuatro primeros tramos. "Estaba por llegar a la bajada cuando un papel, un mísero papel escapado del canasto de un muchacho tortillero, impulsado por el viento de la tarde, se acercó vo-

³*Hombres y Caballos*. Págs. 159 y 160.

lando al puente, volando debajo de mi caballo. Este se detuvo tembloroso, estiró el cuello para mirar hacia abajo, y resopló. Espantado de lo que veía, se enderezó bruscamente. Quise tranquilizarlo con la voz y una caricia. Pero ofuscado por el pavor, el animal se paró en las patas traseras y, al pretender volver sobre sus pasos, cayó al vacío . . .”

“La gente gritó:”

“—¡Se mató . . . !”

Yo apenas alcancé a pensar:

—¡Virgen, sálvame!”

“Como entre sueños, sentí que me desenredaban los pies de las estriberas, me levantaban, me ponían de pie y hacían beber una copa de coñac. Cuando me recobré, el cirujano del regimiento me tocaba la cabeza y me palpaba brazos y piernas, sin querer convencerse de que yo estaba ileso, a pesar de que mi uniforme, mi sable y espuelas se habían roto. Un numeroso grupo de curiosos nos rodeaba, y miraba compasivamente a mi caballo que yacía en el suelo con los riñones quebrados y echando sangre por las narices”.

“Murió instantes después”.

“Para matar el chuncho, monté un caballo de mi coronel Dávila y crucé solo el puente. Mi gente lo había pasado ya. El público me aplaudió como si hubiera hecho una hazaña más grande que salvar la caída . . .”

“Al desmontar para hacerme cargo nuevamente de mis hombres, que estaban pie a tierra en un rincón del picadero, y me miraban con cara de satisfacción, el doctor se me acercó otra vez y me dijo sonriendo complacido:

—No comprendo cómo se ha salvado usted.

Repuse:

—Yo, sí . . .

Me abrí el desgarrado dormán y le mostré un escapulario de la Virgen del Carmen, que me había puesto al cuello mi madre la víspera de partir al Concurso” . . .⁴

La fe y el valor inalterables de don Olegario ennoblecían su recia personalidad de soldado y escritor.

Seis años sirvió en el Ejército el teniente enfermo; así viajó por Europa y desempeñó la misión que el gobierno le encomendó. El famoso Padre Tadeo le curó momentáneamente. En 1917, debió abandonar la carrera de las armas. Se le ofreció el traslado a Infantería, e hidalgamente rechazó. El Quijote de la Caballería prefirió retirarse

⁴*Hombres y Caballos*. Pág. 163.

de la Institución. Habría sido una deslealtad con el arma de sus amores.

Por espacio de cuatro años (1920-1924), fue gerente de la Cooperativa Militar. La recibió en pésimas condiciones y la entregó floreciente.

En 1925 el Estado Mayor presentó a la Cancillería una lista de cuatro oficiales en retiro que podrían desempeñar el cargo de cónsul para informar a nuestro país sobre cuestiones militares. Fue nombrado cónsul en Alicante (España) quien encabezaba la lista, don Olegario Lazo Baeza. Durante siete años sirvió con talento, modestia y máxima dedicación los consulados en la Península Ibérica, en Burdeos, Francia, y en Hull, Inglaterra. Estuvo dedicado en cuerpo y alma a sus nuevas funciones. Cuando llegó a Burdeos, en 1927, todos los cónsules estaban disgustados. Don Olegario, con su innata discreción, benevolencia y cristiano señorío, invitaba a los colegas a sentarse a su mesa para reconciliarlos. Al dejar el puerto francés, había logrado su caritativo anhelo. Don Alfredo Viel Caveró, Cónsul General, declaró que en sus 25 años de cónsul general jamás ha tenido un subalterno, un funcionario más cumplidor de su deber que Olegario Lazo Baeza.

CABALLEROS Y CABALLOS

El capitán Lazo tenía también decidida vocación para las letras, pero la vida militar no le permitió cultivarla. “En el Instituto Nacional —dice él— a veces me escondí a leer algo; generalmente cosas de Verne. En la Escuela Militar no había tiempo para leer. Apenas para estudiar las lecciones. En el ejército, aún menos. Había que saberse los reglamentos poco menos que de memoria. Sólo con el de equitación bastaba”. Como ya se recordó, en el Instituto Nacional escribió el primer cuento.

Sin embargo, robaba algunas horas a sus tareas castrenses para leer y escribir. En “Zig-Zag” del 7 de julio de 1908, publicó su segundo cuento: *Honor de Soldado*. “Relación verídica”, a instancias de Joaquín Díaz Garcés.

Pasaron muchos años. Convaleciente de la grave dolencia que motivó su retiro del ejército, al contemplar desde el balcón de su casa el paso del Regimiento Dragones, de tantos recuerdos para él, le invadió la nostalgia y muy triste y pensativo cerró “lentamente la ventana”.

Su comprensiva esposa, condolidada al verle tan melancólico, le sugirió la idea de escribir: “Los recuerdos reviven el pasado —le dijo—:

¿Por qué no escribe algunas de sus impresiones militares? Agradecí la idea, y ese día escribí mi primer cuento". No fue el primero, sino el tercero.

"Vi el pasado y con uno de sus hechos, ese día compuse mi primer cuento".

Luego, con esa humildad característica de su vida y obra, agrega: "Se lo leí (a su mujer). Fue indulgente conmigo y lo aprobó"⁵.

Así, tan modestamente, estimulado por los dos grandes amores que llenaron su vida de soldado y escritor: la noble compañera y la caballería, inició su labor literaria el más original y agudo de los cuentistas militares americanos. "Para consolarse —expresó Alone— escribió recuerdos de su vida militar, la convirtió estilizada en cuentos, en novelas".

Entre los años de 1917 y 1922, don Olegario leyó a los novelistas franceses, tuvo predilección por Maupassant, a quien respetó y admiró como maestro. Reconoce también el influjo que ejercieron sobre su labor literaria las lecturas de los autores rusos, entre otros, Chejov y Dostoiewski, algo debe, además, a Pío Baroja. Indudablemente leyó a los trágicos griegos, tal vez a Esquilo, porque en sus cuentos predomina la nota trágica o dramática. Pero, en la obra de don Olegario reverbera por sobre todo la humildad y sencillez; estas virtudes, tan poco comunes en la gente letrada, resaltan espontáneamente en los relatos y, por lo mismo, cobran especial gracia y simpatía. En sus páginas no hay ni la más leve sombra de jactancia ni egolatría. El lector se siente atraído y cautivado por el encanto de un estilo de singular ingenuidad, que delata la modestia del autor. No hay duda, "el estilo es el hombre".

Leía, como él confesaba, para satisfacer su curiosidad y darse un gusto, y para ver modo de aprovechar algo. Era un convencido de que cualquier libro, hasta los peores, dejan alguna enseñanza.

CUENTOS MILITARES

En julio de 1922, la Empresa Zig-Zag publicó su primer libro *Cuentos militares*, dedicado a su idolatrada Sara y a sus hijos. Inserta en estas páginas 17 cuentos, están aquí los dos primeros: *Un viaje*, escrito a los 14 años, totalmente renovado, y *Honor de soldado*, aparecido en Zig-Zag en 1908, y quince más.

Los relatos se distinguen por la brevedad, sencillez y realismo dramático, con sabor chileno, exento de crudeza. En general, domina lo

⁵*Cuentos Militares*. Pág. 4.

trágico, característica que se advierte en *Castigos de antaño*, donde cuenta con espeluznante y crudo dramatismo, la pena de cien palos propinada al soldado Barrera por ladrón, antes de lanzarlo a la calle. El cuento no es fruto de la fantasía: el autor presencié aquel grotesco espectáculo, cruel e inhumano, propio de los tiempos de barbarie: "Yo que recién salía de la Escuela Militar y no conocía aún los castigos corporales de esa vieja época, me impresioné vivamente. Mi corazón de veinte años, virgen a muchos dolores humanos, se agitó; mi garganta se anudó y mis ojos humedecieron hasta nublarme mi vista"⁶. Don Olegario, varón de nobles sentimientos, no miró con indiferencia aquel fiero sistema de castigos y los condena implícitamente al término de la narración, cuando refiere la actitud del soldado una vez fuera del cuartel: "Sintió rabia y hielo en el alma; aligeró el paso, movió la cabeza en forma negativa y mostró al cuartel su puño tembloroso y amenazador"⁷.

En unas cuantas pinceladas maestras, sin aditamentos inútiles, ni remilgos cursis, el autor traza la horripilante imagen del soldado Barrera, después del bárbaro apaleo. El lector queda estupefacto ante la admirable evocación del autor: muy medida, sobria, humana e impresionante.

En general, en los 17 cuentos domina lo dramático y emotivo; el hombre no es un desconocido para don Olegario: en pocas líneas presenta la figura humana en toda su formidable realidad. El padre moribundo que rechaza a su hijo, el soldado Pérez, *El ladrón misterioso*, porque lo obsequia con especies hurtadas en el Regimiento, representa la viva imagen del chileno que, aun en la pobreza, conserva su dignidad y pundonor. En *Destino* relata el trágico fin del Cabo Barahona, muerto ahogado en una poza: "Se entró el sol. Llegó el crepúsculo con el sello de tristeza y de silencio que a esa hora la naturaleza comunica a todas las cosas. Terminamos la sepultura. Un sargento hizo la apología del muerto. Mientras hablaba, poniendo de relieve las cualidades morales de Barahona, una muchacha rubia, de ojos azules, sollozaba bajo un polvoriento ciprés"⁸. ¡Con cuánta discreción y mesura pone la nota melancólica y emotiva en la dolorida actitud de la joven! Hay en este tomo un cuento titulado *Como los hombres*, donde queda en evidencia el amor del caballero por su caballo. Compara, sensata y elegantemente, lo que el autor denomina "la sensibilidad e inteligencia" de ese animal con la del hombre.

Don Olegario poseía un fino humorismo; y en este relato mani-

⁶Cuentos Militares. Pág. 11.

⁸Cuentos Militares. Pág. 161.

⁷Cuentos Militares. Pág. 13.

fiesta la íntima alegría que experimenta el jinete, cuando hace la apología de su cabalgadura. Don Quijote, de quien tiene muchos rasgos el escritor castrense, tal vez no amó tanto a Rocinante como el capitán Lazo a su noble bestia. Freud dice: "el hombre feliz jamás fantasea y sí tan sólo el insatisfecho: cada fantasía es una satisfacción de deseos, una rectificación de la realidad insatisfactoria"⁹. Las ficciones de nuestro escritor militar son simplemente tomadas de las cosas que le rodearon durante veinte años; carecen de la gravedad afectada de quien vivió una realidad feliz en la Cancillería.

Uno de los últimos cuentos de este volumen es *Visión del porvenir* en cuyas páginas relata, sin aspavientos sentimentales ni jactancia, ese largo sueño en el cual vio a la niña "con ojos verdes de sirena" que se grabaron en su imaginación "meses y aún años más tarde". El creó la figura de esta joven por la cual sintió "extraño cariño"; ella sólo existía en su cerebro inquieto, porque todavía no encontraba 'la mujer que lo impresionara lo suficiente para hacerla su esposa'¹⁰. Años después, halló a la niña de sus platónicos sueños en un vagón de los ferrocarriles. El largo idilio aún no termina, ella añora la ausencia de su "viejecito" refugiada en el cálido afecto de sus hijos.

NUEVOS CUENTOS MILITARES

A don Olegario no le faltaban temas para escribir nuevos cuentos; no obstante, pulía sin compasión; nunca estaba satisfecho de su obra. Era un autocrítico terrible, demoledor, muy exigente consigo mismo.

Concebía sus cuentos, los redactaba en seguida con suma espontaneidad y luego los releía dos y tres veces; sometíalos más tarde a la crítica implacable de su mujer e hijos; después de este largo proceso depurador, los publicaba.

En 1935 terminó la novela *Amores y Mentes Grises*, "basada en el ambiente del Hospicio". "La encontré muy mala y no me atreví a publicarla", confesaba el exigente autor.

Al cabo de tres años (1925), Nascimento editó *Nuevos cuentos militares*. En estos catorce relatos, hay mayor perfección que en los anteriores: sus narraciones son muy concisas, como decía Alone, "ni una palabra de más ni una de menos en sus relatos; empieza donde debe y termina donde debe, sin una línea que falte o que sobre, con justeza casi matemática de proporciones".

⁹Segismundo Freud. *Poeta y Fantasía*.

¹⁰*Cuentos Militares*. Pág. 218.

El estilo es vigoroso, claro, sin afectaciones, ni ditirambos en que suelen caer los militares aficionados a las letras. El segundo libro conserva la simplicidad del primero. La pluma de don Olegario se desliza sobre el papel con impresionante naturalidad: cuenta lo que ha visto con sus ojos limpios, escenas de la vida militar; lo que ha sentido su corazón bondadoso. Por eso, casi siempre, los héroes de sus breves narraciones son soldados generosos, disciplinados y leales o caballos dóciles, mansos y fieles a su jinete.

En cuanto a los asuntos, como dijo Omer Emeth, "de todo hay en estos cuentos: hay para llorar, y hay para reír como en la vida".

Comienza el segundo libro con una narración de ambiente militar paraguayo: la muerte del Mariscal Solano López. Es uno de los relatos más largos y dramáticos; pero como el autor no lo vivió, no tiene para nosotros el interés de los que están inspirados en las cosas chilenas; sin embargo, posee esa fuerza y atractivo subyugante de las mejores producciones del autor.

En general, lo mismo que en su primer volumen, en éste domina también el drama, la tragedia. *El paralítico*, es la historia, la eterna historia, de una mujer, casada con un paralítico, seducida por un teniente. El marido enfermo los sorprende y muere de la impresión. El ruin oficial, para evitar nuevos encuentros con la viuda, pidió cambio de guarnición y, a la hora de los funerales del lisiado, se embarcó para el Norte. Aquí en este tomo aparece el mejor cuento de don Olegario: *El padre*, que figura en todas las antologías nacionales y extranjeras. El teniente Zapata se avergüenza de su padre: "un viejecito de barba blanca y largos bigotes enrubiecidos por la nicotina, manta lacre, zapatos de taco alto, sombrero de pita, y un canasto al brazo, que humildemente llega al cuartel para visitar a su hijo: "¡Mañungo!, ¡Mañunguito!", gritó el anciano. "El oficial lo saludó fríamente, le sacó con disimulo fuera del cuartel y "en la calle le sopló al oído: "¡Qué ocurrencia la suya...! ¡Venir a verme...! Tengo servicio... No puedo salir. Y se entró bruscamente".

El viejo guaso, "desconcertado, tembloroso", "sacó la gallina del canasto" y la entregó al sargento de guardia. "Tome para ustedes, para ustedes solos. Dijo adiós y se fue arrastrando los pies, pesados por el desengaño. Pero desde la puerta se volvió para agregar, con lágrimas en los ojos: —Al niño le gusta mucho la pechuga. Delen un pedacito...!"¹¹

El drama es fuerte, patético, don Olegario puso en él toda su alma sensible y tierna, permeable al dolor.

¹¹Nuevos Cuentos Militares. Pág. 225.

Sin embargo, como dice don Emilio Vaïsse, en este libro “hay para llorar, y hay para reír”. Junto a estas escenas dramáticas, encontramos cuatro cuentos en los cuales hay un agudo y fino sentido del humor: *El potro indómito*, *El guerrillero*, *En el picadero* y *La chinche*. En el primero, el sargento Ortega, que no mira la viga en el ojo propio sino la mota en el ajeno, apoda de “¡mariquitas...! ¡mariquitas! y cobardes a los tímidos conscriptos que temen montar un potro. “Los caballos adivinan —dice el autor— el valor de los hombres por la desenvoltura o embargo de sus movimientos. Se enfurecen y resisten con los cobardes y se entregan casi gustosos en manos de los valientes”¹². El potro indómito derribó a los más hábiles caballeros del cuartel; por fin tocó su turno a Ortega: “un soldado le arañó el anca al caballo con una escoba de pino”. El experto jinete resistió los brincos del animal enfurecido. Pero al hablar saltó de su boca la plancha de dientes, que había creído ocultar de los ojos y de las picantes bromas de los compañeros. Y desde ese instante pierde el tino, pierde un estribo y pierde el dominio de sus piernas”¹³. En ese momento “cae como un costal”. Se levanta. “Un soldado le pregunta y guiña un ojo. ¿Qué busca, mi sargento? Un conscripto tropieza con un objeto lleno de arena”... “Lo levanta en alto y exclama alborozado: —¡Chupalla...! Una herradurita con dientes mi sargento! Tome: ¡Parece suya...!”¹⁴ En *El guerrillero*, fusilado porque faltó a su palabra, hay una mezcla deliciosa y original de tragedia, humor e ironía. *El picadero* es un cuento educativo, aderezado con sal y pimienta. Mientras los conscriptos hacían ejercicios ecuestres, un capitán “furioso”, después de haber criticado el desaseo de la cuadra y de las pesebreras, comenzó a insultar a casi todos los soldados por su poca destreza en el trote y en el salto. Finalmente, el mismo capitán montó con dificultad, pero la suerte le fue adversa y “rodó por el suelo”, entonces, “uno de los conscripto, desde la fila, repitió, “despacio, con malicia diabólica, las mismas palabras que minutos antes le había gritado su comandante de escuadrón: “¡Enderézate, tonto, piernas de trapo...!” *La chinche* es sin duda el relato más donairoso de cuántos escribió nuestro autor: Don Pantaleón, coronel retirado del ejército de Chile, solterón, cuya figura obesa pinta magistralmente don Olegario, con natural gracejo, duerme profundamente en un hotel provinciano. Sorpresivamente una chinche hambrienta comienza a chuparle la sangre, que el bicho “encontró dulce

¹²Nuevos Cuentos Militares. Pág. 76.

¹³Nuevos Cuentos Militares. Pág. 83.

¹⁴Nuevos Cuentos Militares. Pág. 84.

y con gusto a mantequilla rancia"¹⁵. La voraz sabandija se paseó por todo el cuerpo de don Pantaleón; desvelado, sorprendió por fin a la chinche en plena fuga. Llena de sangre se reventó"¹⁶, después del pantagruélico festín. El pobre coronel, extenuado y muy contento de su hazaña, la olió y "al sentir el desagradable olor a hule del hemíptero, gritó: —¡Puf...! Te pille, ¡carápita...! Resuelto a dormir "se tendió violentamente sobre el lecho; pero con tan mala suerte que el catre se quebró, con gran estrépito. A un llamado del coronel, llegó el mozo y al verle en el suelo gritó: "¡Viejo del diablo!" ¿Quebraste el catre, ¿no? ¡Tenís que pagarlo..."

La mejor crítica de esta obra la hizo Alone: "Sería una frase lapidaria, una especie de parte de guerra dando cuenta de una de esas victorias rápidas, completas y decisivas, como las de César en Oriente: Vine, escribí, vencí. Nada más". Años más tarde, 1959, Lazo Baeza, al ser interrogado por un periodista de cuál fue el momento de mayor emoción de su vida, el viejo soldado respondió: que había sido cuando leyó la frase de Alone en elogio de *Nuevos cuentos militares*: "Vine, escribí, vencí".

OTROS CUENTOS MILITARES

Estimulado por las halagadoras críticas de sus primeras obras, el autor publicó, en 1944, *Otros cuentos militares*. Son quince nuevos relatos, en los cuales describe con máxima sencillez sus observaciones de la vida castrense. Don Olegario tiene un gran sentido de las proporciones para contar los hechos más variados, percibidos objetivamente en los cuarteles. Pocos escritores nacionales poseen como éste, ese don maravilloso y esquivo de la precisión. En sus cuentos escoge el hecho sobresaliente y la anécdota oportuna y la narra en forma rápida, concisa, sin rodeos; tiene un poder de síntesis excelente.

Con igual destreza refiere las cosas tristes y las jocosas; huye de los sentimentalismos dulzones y afectados y de las bufonadas chabacanas. Jamás recurre a los períodos ampulosos y huecos; escribe con naturalidad y soltura, propias de su sencillez y buen gusto. Con estos recursos logra mantener la agilidad en el relato; y los lectores se sienten como fuertemente tomados por una misteriosa corriente comunicativa, a través de la cual vemos actuar a los personajes como si hubiesen surgido por generación espontánea, sin la intervención del artista creador.

¹⁵*Nuevos Cuentos Militares*. Pág. 209.

¹⁶*Nuevos Cuentos Militares*. Pág. 213.

En este tercer libro, siempre en la misma línea dramática y festiva de los anteriores, don Olegario llega a la más alta perfección estilística. En *Pobres brutos*, manifiesta su compasión ante el sufrimiento de dos caballos que perdieron la vista por curarlos de un romadizo, en un sahumero de azufre. *El fracasado* es la triste historia de un oficial que abandonó su carrera atrapado por una mujer de mala vida. *El jorobadito* relata el heroísmo tragicómico de un lisiado que logró ir a la guerra de 1879 y murió en Tacna de un bayonetazo en el pecho. Sería interminable hacer referencia a cada uno de los cuentos de este libro, donde hay relatos chispeantes e ingeniosos, de gracia muy chilena, como *Ramonete*, el teniente que pactó con el diablo, y *La cantinera* que acompañó al ejército chileno al Perú, y en Lima tuvo su descuido y salió con un hijo, cuya paternidad ella achacó a su comandante¹⁷.

EL POSTRER GALOPE

Durante el mismo año de 1944, Lazo Baeza publicó por su cuenta la novela *El Postrer Galope*. La trama es un suceso verídico ocurrido en Tacna después de la ocupación chilena, pero aderezado por la fantasía del autor. Un capitán casado, comandante del 4º escuadrón del Regimiento Húsares, de guarnición en Tacna, personaje real, a quien, la inventiva del autor, apellidó Riquelme, se enamoró de Gladys, una joven inglesa, hija de peruana, que vivía en esa ciudad limítrofe con su padre viudo.

La novela es relativamente corta, los actores están bien delineados, se mueven en su ambiente con naturalidad; pero el estilo no tiene la misma sencillez y espontaneidad de sus cuentos. Las escenas se suceden rápidamente y el interés del lector se mantiene inalterable a través de las 237 páginas de la obra. No se detiene en largas e inútiles descripciones de paisajes; como en los cuentos; el autor va al grano y le atraen los seres humanos y los caballos. Con pluma maestra narra el concurso hípico y la trágica carrera de los caballos espantados del Húsares, que se asustaron al paso de una carroza mortuoria. Son las páginas más bellas y seductoras de la novela. En esta apreciación coincido con Milton Rossel: "en tal sentido —dice el antiguo crítico de Zig-Zag y actual director de esta revista— hay en *El Postrer Galope* dos capítulos inolvidables: el primero es aquel en que describe un concurso hípico, y el otro es en el que narra la desbandada trágica de un escuadrón, cuando los caballos, poseídos

¹⁷Otros Cuentos Militares. Pág. 120.

de un frenesí de libertad, se desbocan por las calles de Tacna atropellando cuanto encuentran a su paso. El estilo se hace rápido, animado, la frase trepada con el ritmo violento de los animales que corren sin control"¹⁸.

Como casi toda la obra de nuestro autor, *El Postrer Galope* es una novela esencialmente dramática: el capitán Riquelme abandona a su mujer, deserta del Regimiento y huye con Gladys, que deja en el mayor desamparo a su anciano padre. La escena final es fuerte, pero grave y mesurada: ella se precipitó al abismo y él murió hecho pedazos, arastrado por su caballo.

Don Olegario era católico íntegro, aunque no muy observante, y en el desenlace de la obra quiso condenar el adulterio.

Hugo Montes y Julio Orlandi afirman, en la *Historia de la literatura chilena*, que la novela "completa lo mejor de la producción de don Olegario"; sin embargo, no interesó tanto a los críticos como los cuentos. No obstante, "sirvió de base para el guión de la cinta cinematográfica de largo metraje producida por la "Chile Films", con el título de *El Ultimo Galope*"¹⁹.

A fin de salvar la ética militar en la película, la Escuela de Caballería presionó a los realizadores de la cinta cinematográfica para que alteraran el desenlace de la novela; lo cual no fue del agrado de don Olegario, ni del público. A pesar de esto, Lazo Baeza vivió horas de incontenida emoción al ver su novela en la pantalla cinematográfica. Como hombre superior, no se envaneció, mantúvose inalterable ante los honores.

HOMBRES Y CABALLOS

En 1951 Nascimento editó *Hombres y Caballos*, título sugerido por Augusto Iglesias, amigo íntimo del autor.

Don Olegario había llegado a las puertas de la senectud. En esta obra postrera, queda definitivamente consagrado como el creador y maestro por excelencia del difícil cuento militar.

Hombres y Caballos contiene dieciséis narraciones y, como en ninguno de los libros anteriores, el lector se conmueve con sus relatos trágicos y ríe espontáneamente con los festivos. En éstos, como en aquéllos, su ponderación, medida y equilibrio son admirables para narrar, disfrazados por su imaginación, los hechos vividos en los veinte años de intensa labor castrense. *El desertor* es uno de los mejores

¹⁸Zig-Zag. 29-xii-1944.

¹⁹*Antología del Cuento Chileno*. Instituto de Literatura Chilena. 1963.

cuentos, tiene sabor criollo; la gente de campo dialoga con tal naturalidad que a uno le parece escuchar a los actores; a la madre del desertor, por ejemplo, cuando ingenuamente va a la carpa para interceder por su hijo.

Así son los personajes ideados por don Olegario; el lector los ve, los oye y penetra en lo más íntimo de su inconfundible personalidad; es insuperable en el diálogo. ¡Con qué espontaneidad hablan los personajes!

El turco es un relato humano y agudo, aquí está como quintaesenciada la ocurrencia y picardía chilena: Los oficiales salían de noche, no por la puerta de la Escuela de Caballería; cabalgando El Turco saltaban el muro que separaba a la escuela de la calle Infante. En *Mi primer caballo* refiere don Olegario la penosa impresión que tuvo, cuando era niño de doce años, al presenciar la muerte de su caballo "Húsar". Lo vio herido y quiso "besar al pobre bruto". Su padre, "en la imposibilidad de sanar al "Húsar", mandó darle un tiro"²⁰. En su cariño entrañable por el caballo, el capitán escritor declara: "No sé si con vergüenza de hombre u orgullo de jinete, confieso que ese día lloré por un caballo mucho antes que por el amor de una mujer"²¹. Al *Milagro* hice referencia cuando me ocupe del trágico fin de la carrera militar de Lazo Baeza.

El autor fue hombre de fe sincera; nunca quiso ser masón, no obstante la apremiante invitación del Coronel Alfredo Ewing; pero desde que libró de la muerte en aquella peligrosa caída, su espíritu cristiano y católico se enfervorizó mucho más. Sin respeto humano, valerosamente, atribuye a la Virgen del Carmen esa escapada providencial que privó al ejército de su mejor jinete y ganó para las letras nacionales un maestro en el cuento castrense.

Hombres y Caballos comienza y termina con sendos relatos tomados de la historia: el primero cuenta el bravo combate de La Concepción, en estilo tan patético que el lector revive aquella escena inmortal de la Guerra de 1879. El libro termina con *La muerte del General Barboza*. La descripción de la batalla es viva, realista y dolorida; en ella destaca con trazos firmes, definidos, la figura del glorioso general de Caballería, cuya lealtad a Balmaceda le indujo a morir acribillado por las balas y los lanzasos del ejército congresista.

Los dieciséis relatos breves están plenamente logrados; y, como dijo Edmundo Concha, "aunque encajan en cánones ya un poco extemporáneos, se salvan en virtud de ese tan amplio que se llama estilo

²⁰*Hombres y Caballos*. Pág. 133.

²¹*Hombres y Caballos*. Pág. 134.

y que en su caso está compuesto de una visión directa de la vida, por una sobriedad equilibrada de los elementos para exponerla y por un innato buen gusto”.

COMPLIT

En 1957 Nascimento hizo una selección de sus cuentos bajo el título de uno de ellos, contenido en el volumen. De los 17 insertados, sólo uno habría omitido: *La última etapa*, al cual ya hice referencia. En él don Olegario narra la muerte del Mariscal López en el campo de batalla. Es uno de los relatos más extensos del autor, con escasa ficción y mucha historia verídica; podría ser una excelente crónica, pero no un cuento; además, las mejores narraciones son aquellas que él vivió o presenció de cerca. Hubiera sido tal vez más acertado incluir en *Complot*, “La Chinche”, es más cuento y tiene chispa criolla, aunque el valor literario de *La última etapa* es innegable.

ORIGINALIDAD DE LA OBRA

Lazo Baeza posee el mérito indiscutible de ser el primero y el más original de nuestros cuentistas castrenses; antes lo había intentado, con cierto éxito, Daniel Riquelme (1857-1912); pero, como dijo Emilio Rodríguez Mendoza, “Riquelme se quedó en la anécdota y Lazo da una faz de carácter chileno”. Montes y Orlandi repitieron lo mismo años después al referirse a *Bajo la tienda*: “Hay en este libro verdaderos gérmenes de cuentos o novelas ahogados por un caudal de decires, chistes, anécdotas”. Eduardo Barrios, genio de la novelística, opina que Riquelme fue ingenioso, diré con más propiedad “chistoso”. “Literariamente —escribe a Lazo Baeza— prueba usted ser un maestro del cuento, con singular señorío, además de reinar en la literatura militar no tuvimos —y creo que no tendremos— otro Olegario Lazo Baeza ¿Lo habrá en otra parte? Tampoco lo creo”. Mariano Latorre, en su *Literatura Chilena*, después de alabar el conocimiento que tiene don Olegario de la psicología del oficial y del soldado en sus actividades militares y privadas, manifiesta: “Habría que ir a Norteamérica y detenerse en un Ambrosio Bierce, autor de admirables cuentos de la guerra de secesión para encontrar un cuentista de la misma calidad literaria”.

Don Olegario Lazo Baeza es el primero y único cuentista castrense chileno y americano, porque Bierce relata hechos guerreros.

CREADOR DE UNA FAMILIA LITERARIA

Don Olegario fue jefe y maestro de una verdadera dinastía o generación de escritores; fomentó la vocación literaria de su esposa e hijos.

Desde pequeño estimuló en sus hijos el gusto por las bellas letras. Tenían que ganarse la mesada con los cuentos: Les daba el dinero en proporción a la calidad de la obra, pero nunca los desanimó y, aunque el trabajo fuese malo, el novel autor recibía alguna recompensa monetaria. Un día llegó Jaime con doce cuentos; el padre los pagó, pero desembolsó poco, porque don Olegario decía que "la producción en serie está reñida con la literatura".

Despertó en sus niños la afición a la crítica. Leía sus cuentos a cada uno en particular, y en seguida los obligaba a dar su opinión, exigía le dieran la razón de su juicio. "Léase ese cuento —*La risa trágica*— le dijo a Renato, a los once años. ¿Qué le parece?". (Como el niño lo encontró excelente y no supo explicarle por qué le gustaba, don Olegario le enseñó a dar las razones de su crítica.

Su esposa también ha escrito, y decía en la intimidad del hogar: "En esta casa después que escribimos algo, lo leemos todos".

Lazo Baeza era un crítico exigente, y lo fue sin compasión consigo mismo y con las obras de su mujer e hijos.

En su ancianidad luminosa, Dios le otorgó la gracia de ver a sus hijos calificados entre los buenos escritores nacionales. Don Olegario lega a la literatura vernácula no sólo sus originales y únicos cuentos militares, sino también las producciones maestras de sus vástagos, poetas, cuentistas, novelistas y biógrafos. "Yo tengo la culpa de haber enviciado a esta gente", repetía con gracejo el escritor. "Por sus frutos se conoce el árbol".

FORTALEZA Y HUMILDAD

El inspirado y bello libro de *La imitación de Cristo*, dice que "Los letrados huelgan de ser vistos y ser tenidos por tales". Don Olegario fue una excepción porque, si algo enaltecía su personalidad, era esa humildad y sencillez más propia de los cenobitas que de los literatos; jamás se envaneció con los triunfos militares y literarios; muy por el contrario, él se tenía en nada, y admiraba a sus compañeros de armas y de letras. Fue exigente consigo mismo y benévolo con los demás; tenía suma consideración por la opinión ajena. "Gran sabi-

duría y perfección es sentir siempre bien y grandes cosas de otros, y tenerse y reputarse en nada”²².

En todas sus actitudes manifestaba el desprecio de sí mismo y la estimación por los demás: si un cabo o soldado raso le escribía para felicitarle por sus libros, él contestaba sin dilación; era en extremo magnánimo y caritativo sin fingimiento. Estaba presto para ayudar a su prójimo, y principalmente a los pobres. Su acogedora casa permanecía abierta a pobres y ricos, amigos y desconocidos, a la gente que le era grata y a la majadera.

En una época en la cual la lealtad es una virtud casi desconocida, don Olegario fue escrupulosamente fiel con sus amigos. A los 83 años, en un día de riguroso invierno, friolento como era, contra la voluntad de su familia, salió de su casa, por última vez, para visitar al mayor Mella, único sobreviviente de los 22 jinetes de la Cuarta Lazo, que agonizaba en una clínica de Santiago. El moribundo experimentó extraordinario gozo, y don Olegario contrajo una bronconeumonía que le retuvo veinte días en cama.

Nada le apartó jamás de su serena humildad: cuando llegaron los honores, los recibió con elevación y suma dignidad, sin el menor asomo de jactancia o vanidad; tenía mucha fortaleza de espíritu para envanecerse con las glorias caducas o pasajeras de este mundo. Parecía conocer de memoria aquellas palabras sabias de la *Imitación de Cristo*: “Si te parece que sabes mucho y entiendes muy bien, ten por cierto que es más lo que ignoras. No quieras saber altivamente: mas confiesa tu ignorancia”²³. Ya en 1932, sintió inmensa satisfacción cuando se publicó en París *Contes Militaires*. En sus últimos años fue mayor la alegría, al ver numerosos relatos suyos traducidos al alemán, al inglés, al sueco y al danés. Era un triunfo logrado por poquísimos escritores nacionales; sin embargo, nunca, ni a sus más íntimos amigos, hablaba de los honores recibidos; era su admiradora, la expansiva compañera, su “viejecita”, la que difundía, entre los amigos, las glorias del humilde escritor. Don Olegario recatadamente pensaba tal vez en las ponderadas frases de la *Imitación de Cristo*: “Si quieres saber y aprender algo provechosamente, desea que no te conozcan y que te estimen en nada”²⁴.

Suiza y Paraguay le otorgaron altas condecoraciones. El 5 de abril de 1953, en presencia de su compañero de curso en la Escuela Militar,

²²*Imitación de Cristo*. Tratado 1º. Cap. II.

²³*Imitación de Cristo*. Tratado 1º. Cap. II.

²⁴*Imitación de Cristo*. Tratado 1º. Cap. II.

el Presidente Carlos Ibáñez del Campo, las Fuerzas Armadas le entregaron una Medalla de Oro con la siguiente inscripción: "Al soldado escritor nacional, Capitán Olegario Lazo Baeza, las Fuerzas Armadas de Chile agradecidas". Tan significativo reconocimiento lastimó su sincera modestia y le conmovió fuertemente.

El último honor lo recibió de la Academia Chilena de la Lengua. Aunque demasiado tarde, la primera institución literaria del país le designó miembro honorario: "Nunca imaginé —expresó— en esa memorable ocasión, que en vez de las bordadas palas de general, sería la investidura consagratoria de miembro honorario de la Academia Chilena de la Lengua la que vendría a coronar largos años de paciente labor".

Chile, no siempre buen pagador, le privó del Premio Nacional de Literatura a que tenía justo derecho.

En estos últimos años, el consenso unánime de la opinión pública ilustrada de la nación señalaba a don Olegario como el más digno para recibir tan alto y codiciado galardón literario; pero reiteradamente le fue negado. El, con ser tan humilde, sabedor de que era el candidato con más probabilidades, aunque nunca lo buscó ni directa ni indirectamente, humano al fin, también acarició la idea de obtenerlo. Cuando fue pospuesto por Marta Brunet, él no se alteró; sin el menor disgusto exclamó espontáneamente: "Me alegro que se lo hayan dado a la niña". El año recién pasado había la certeza de que don Olegario sería el agraciado. Muchos escritores amigos le tenían convencido de ello. Sin embargo lo obtuvo Benjamín Subercaseaux. Lazo Baeza, imperturbable, con la serenidad del varón justo, probado como el oro en el crisol, sólo abrió sus labios para elogiar al escritor laureado: "Benjamín Subercaseaux merece bien el Premio"; más aún, de su puño y letra, escribió la siguiente carta: "Olegario Lazo Baeza, saluda con toda atención al ilustre escritor don Benjamín Subercaseaux y lo felicita sinceramente por haber obtenido el honroso Premio Nacional de Literatura. Santiago, 6 de agosto de 1963". No la envió porque un pariente le rogó que no lo hiciera. En un momento de intimidad, el humilde y postergado don Olegario me dijo: "Me considero premiado con el voto de Alone".

El autor de los cuentos militares poseía un corazón entero, desconoció la envidia, gozaba con los ajenos triunfos.

Era muy íntegro, obró sin esfuerzo la justicia, habló siempre la verdad; y su lengua jamás denigró, ni siquiera a quienes se empeñaron solapadamente en privarlo del lauro que tanto merecía.

CAMINO A LA ETERNIDAD

La antigua dolencia, origen remoto de su vocación literaria, arreció con los años, y el anciano comenzó a sufrir los efectos del mal; empero no perdió su garbo: alto, delgado, enjuto como el Quijote, pero de firme contextura, sus ojos pardo-oscuros reflejaban una clara luz interior y esa bonhomía picaresca, tan chilena, que le conquistó universales simpatías y hondos afectos. La vejez empequeñeció aquella noble apostura de la mocedad; pero tuvo la virtud de engrandecer su alma y afinar en extremo el innato señorío del caballero.

A medida que pasaba el tiempo y veía acercarse el fin de su larga vida, don Olegario, que era por naturaleza hombre de gran ternura, redobló su amor por la cristiana compañera: no permitía que se alejara ni un instante de su lado; el idilio estaba en su apogeo: "no me la quiten, ni por un momento", les decía a sus hijos; "Uds. la tendrán por mucho tiempo". Desde su habitación enviaba a la señora recados escritos: "mi viejecita linda, preciosa, paloma mía". Ella conserva esos mensajes con la nostalgia por el compañero de cincuenta y más años, de quien fue la primera y más entusiasta admiradora. Don Olegario, al dedicarle su tercer libro, le decía: "A la futura autora de mi modesta biografía".

"La vida —repetía el viejo escritor— es para mí un don del Creador, que a pesar de las amarguras que contiene vale la pena ser vivida"; pero aguardaba a la muerte, sin la menor turbación, con ánimo entero, junto a su "viejecita".

El 17 de abril del presente año, cuando abrió sus ojos limpios a la luz de la eternidad, lo más granado de las letras chilenas y extranjeras y de los poderes públicos, rindieron merecido homenaje a la memoria del soldado integérrimo y agudo creador del cuento castrense hispanoamericano.

BIBLIOGRAFÍA

- | | |
|---|---|
| <i>Servicio de Reproducción y Remonta Caballar.</i> Santiago, 1915. | 1951. |
| <i>Cuentos Militares.</i> Empresa Zig-Zag. 1922. | <i>Complot.</i> Cuentos escogidos. Nascimento, 1957. |
| <i>Nuevos Cuentos Militares.</i> Nascimento. 1925. | <i>Sobre el autor</i> |
| <i>Otros Cuentos Militares,</i> 1944. | Samuel A. Lillo. <i>Literatura Chilena, con una antología contemporánea.</i> 5ª Ed. 1930. Nascimento. |
| <i>El Postrer Galope.</i> 1944. Santiago. | |
| <i>Hombres y Caballos.</i> Nascimento, | |

- Mariano Latorre. *La Literatura de Chile*. Universidad de Buenos Aires. 1941.
- Hernán Díaz Arrieta. Alone. *Historia Personal de la Literatura Chilena*. Santiago, 1954. Zig-Zag.
- Arturo Torres Rioseco. *Breve Historia de la Literatura Chilena*. México. 1956.
- Hugo Montes, Julio Orlandi. *Historia de la Literatura Chilena*. Ed. Pacífico, 1957. 3ª Ed.
- Diccionario de la Literatura latinoamericana. Chile. Unión Panamericana. Washington. D. C. 1958.
- Raúl Silva Castro. *Panorama Literario de Chile*, Ed. Universitaria. S. A. 1961.
- Instituto de Literatura Chilena. *Antología del Cuento Chileno*, Selección, notas críticas e informaciones bibliográficas. Santiago, 1963.
- Otros libros consultados*
- Biblioteca de Escritores de Chile. "Cuentos de la Guerra y otras páginas", de Daniel Riquelme. Imp. Universitaria, 1931.
- Diarios y revistas chilenas. 1908-1964.